

RESEÑAS

durante su vida como posteriormente se le plantearon. Igualmente, abre paso a ulteriores investigaciones acerca de la constitución de la realidad, ya se refiera al mundo creado, ya al Absoluto Creador. Un estudio de estas características siempre es bienvenido, ya sea por su valor intrínseco como pensamiento metafísico, ya sea por volver a plantear cuestiones tan definitivas como el estudio riguroso de la existencia divina en un plano estrictamente filosófico, especulativo.

Rubén Pereda

GONZÁLEZ QUIRÓS, J. L.: *Repensar la cultura*, Madrid, Ed. Internacionales Universitarias, 2003, 235 págs.

En los vaivenes de la tormenta postmodernista ya era hora de que alguien repensara con fundamento el actualmente tan vilipendiado concepto de cultura. El tema se halla en la palestra del pensamiento actual y lo discuten prestigiosos y no tan prestigiosos pensadores contemporáneos. La cuestión es precisamente que de seguir con la actual disolución y confusión irrefrenable de valores y conceptos, con el *everything goes* como convicción reinante en una parte considerable de los ámbitos intelectuales, hasta nos estamos jugando la supervivencia de la cultura occidental.

En este clima de incertidumbre y anarquía resulta animador y clarificador un libro que pone los puntos sobre las íes reconsiderando los aspectos clave de este inevitablemente complejo y polifacético tema que es la cultura.

En diez capítulos el autor ofrece un panorama de las cuestiones más destacadas y acuciantes en este ámbito empezando con las acepciones y los orígenes de la cultura (cap. I y II). Destaca luego dos facetas imprescindibles, por un lado, “La cultura como saber” (cap. III) porque “El cultivo del espíritu, la edificación de una cultura personal, ha de acometerse con ánimo ecuánime y con espíritu crítico, para no perderse entre contradicciones y para no llegar a puerto antes de haber siquiera zarpado” (58) y, por otro, “La cultura como libertad” (cap. IV): “La cultura existe como libertad en la misma medida en que las ideas y las acciones que la

RESEÑAS

caracterizan no estén determinadas ni por necesidades naturales ni por imposiciones ajenas al sujeto. (...) Así pues, la diversidad cultural es fruto de la libertad y la mejor muestra de su existencia” (86). ¡Qué duda cabe de que la cultura no puede funcionar ni ejercerse sin libertad!, ya que uno de los ingredientes más poderosos de la naturaleza humana es la libertad; no podemos no ser libres, por tanto, tampoco la cultura que es obra y fruto de la actividad e intervención del hombre. La libertad es evidentemente la condición de la posibilidad de la diversidad de culturas, de la cultura personal e individual y paradójicamente también de la coincidencia universal de tantos rasgos culturales comunes. Sorprende que en este contexto no se comenten las aportaciones a la ciencia de la cultura de Eugenio d'Ors.

Las reflexiones sobre “Los fundamentos de la cultura occidental” (cap. V) constituidos por “la filosofía griega, la religión cristiana y la ciencia moderna” (104) ciertamente no son originales (uno echa de menos la mención del derecho romano que casi nunca falta en otras consideraciones al respecto); sin embargo, aparte de resultar útil repensar las fuentes de las que se nutre la cultura occidental, evitan decididamente rendir culto a la falsa diversidad y ponen de relieve la existencia de esta tríada de pilares comunes sobre los cuales descansa la casa tantas veces desprestigiada en la que habita la cultura de Occidente y eso a pesar de sus muchas habitaciones. Es de elogiar el valor y la perspicacia con la cual el autor analiza las aportaciones de la “religión de Israel”, tema tabuizado si no ridiculizado en numerosas publicaciones al respecto.

El capítulo dedicado a la relación entre “Ciencia y cultura” (cap. VI) arremete contra la creencia muy difundida en la actualidad de que la ciencia pueda sustituir la cultura ya que, para pensadores y gente de a pie, “la ciencia se ha convertido en un modelo” (124). El cientificismo está convirtiéndose en “una apología de la autosuficiencia humana” (126) ignorando las inevitables e insuperables limitaciones de cualquier saber humano. En ningún caso la mera ciencia, por muy progresiva y profundizadora que sea es un sustituto de la cultura en el sentido lato y completo de la palabra.

Las consideraciones acerca de la relación entre “Las artes y la cultura” (cap. VII) presentan las consecuencias sacadas de los capítulos anteriores porque revelan que “ni ciencia ni religión son enteramente suficientes pa-

RESEÑAS

ra la constitución de una auténtica cultura: además de ellas, necesitamos las artes, el cultivo de la imaginación, explotar las facultades creativas de que estamos singularmente dotados [...] y continuar cultivando las formas que los hombres han inventado y usado para representarse a sí mismos [...] (160). No se trata de conceder a las artes la exclusividad de constituir el ámbito único de la cultura, como suele ocurrir con demasiada frecuencia, pero sí de destacar su contribución imprescindible al desarrollo de la cultura tanto en su aspecto individual como en el colectivo, tanto en su vertiente formativa como en las obras fruto del empeño creativo. Estas reflexiones son también especialmente reconfortantes porque no rehuyen la crítica de las numerosas supercherías e imposturas a las que los ciudadanos contemporáneos están expuestos continuamente y contra las cuales se sienten indefensos por la confusión que siembran los propios artistas y la industria que los rodea amparándose en la ya habitual justificación de que basta que se le ponga la etiqueta de arte para convertir cualquier objeto en obra de arte.

Ahora bien, en ese capítulo también y sobre todo se defiende la encubierta “utilidad” del arte porque “mediante las artes hemos descubierto el mundo de la posibilidad, una ampliación del reino de lo real que estaba a nuestra disposición, pero que ha debido ser desvelada, puesta en verdad” (171). Se observa en esta y otras numerosas observaciones que el autor sugiere la aplicación de los trascendentales, de lo verdadero, lo bueno y lo bello como criterio y medida suprema de todas las actividades culturales.

Quizá el capítulo VIII “Posmodernidad: la cultura de la irrealidad y el espectáculo de la cultura” hubiera debido ponerse al inicio del libro porque de este modo hubiera situado al lector *in medias res*, en la situación cultural que está viviendo a diario y que se trata de superar a toda costa porque de seguir así condenará al fracaso la cultura y la convivencia que, al fin y al cabo, también constituye un esencial quehacer cultural. Aparte del destacado estímulo de entretenimiento intelectual que nos ha deparado el concepto de la posmodernidad no debería infravalorarse tampoco su capacidad de confusión de las mentes. Basta pensar en los desajustados que ofrecen los llamados “cultural studies”, no solamente en los Estados Unidos.

RESEÑAS

El papel de la política, responsable hasta cierto punto de la situación actual y también de poner remedio a los extravíos y desaguisados que padecemos, se explicita en el último capítulo “La cultura y el estado: las políticas culturales”. Es difícil deshacerse de la idea de que los gobiernos y sus responsables culturales, no sólo en España, son víctimas del reinante confusionismo posmoderno y tardaremos mucho tiempo en ver que se descubra el objetivo nuclear de la auténtica cultura, que “es el esfuerzo que hacemos por vivir con dignidad e inteligencia, por entender de modo más amplio los apasionantes y variados misterios de este mundo, por forjarnos una idea de nuestra vocación y de nuestro destino y por sostener con vigor los fundamentos de nuestra libertad [...] (230-31).

Estoy seguro de que muchos lectores descubrirán en la profundidad y sabiduría de este libro los criterios para analizar la situación cultural precaria en la que nos movemos y encuentren los estímulos e instrumentos para mejorarla.

Kurt Spang

HACOHEN, Malachi Haim: *Karl Popper. The Formative Years 1902-1945. Politics and Philosophy in Interwar Vienna*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, 610 págs.

La biografía reconstruye el impacto que la cultura vienesa de fin de siglo ejerció en la génesis del pensamiento de Karl-Popper, sometiendo a revisión algunas de las interpretaciones que el propio Popper hizo de sus iniciales años de formación, para poner de manifiesto como Popper manipuló su propia historia haciendo propuestas verdaderamente inaceptables para una actitud mínimamente crítica. Según Hacoheh, en su autobiografía de 1973, *Búsqueda sin término*, Popper anticipa la formulación de su principio de refutación a 1920, cuando cuenta sólo 18 años, y la crítica al esencialismo hegeliano aún antes, con una edad de 8 o 9 años, cuando ambas propuestas son históricamente insostenibles. En su lugar Hacoheh temporaliza el proceso de formalización del principio de refutación mediante ampliaciones sucesivas pasando por diversas formulaciones de tipo